

el gobierno que lo expedía ya no existiera, y sí sólo la sombra de las Provincias Unidas envueltas en la más desastrosa anarquía, de cuyo seno debía surgir la vida nueva, después de tormentosas pruebas que casi aniquilaron los principios morales de la vida social. En los primeros días de enero de 1820, el general de los Andes atraviesa por penúltima vez la cordillera, tendido en una camilla llevada en hombros de sus soldados, como Mauricio de Sajonia cuando marchaba inválido por pies ajenos para ir á vencer en Fontenoy. Los baños de Cauquenes estaban en Lima, y allí debía ir á buscar la salud de la América.

VIII

Antes que exhibiésemos parte de los documentos que hoy completamos, respecto de la famosa desobediencia de San Martín, su conducta ha sido juzgada con criterio diverso, así del punto de vista del estricto deber militar como del patriotismo previsor; pero este criterio sin base, respondía más al instinto que al conocimiento perfecto de los hechos y á la conciencia de la situación en aquel solemne momento histórico. Hemos formulado nuestro juicio al respecto antes de ahora, y como ha tenido sanción americana y ha sido generalmente aceptado como fórmula por casi todos los escritores americanos que de este punto se han ocupado, lo consignaremos con las mismas palabras en las páginas de la historia del hombre objeto de él.

Si bien sean difíciles de determinar las variadísimas combinaciones á que un hecho modificado puede dar lugar, por cuanto las causas son más complejas en el orden moral que en el físico, empero, cuando se toman en cuenta las causas

visibles y tangibles, desentrañándolas de los hechos comprobados, y se comparan con los resultados, puede llegarse á conclusiones positivas, que habilitan á formar juicio correcto con conocimiento de causa, de manera de poder apreciar las que son del dominio de la historia real y no de la historia hipotética. Y admitiendo como elemento de juicio, que el instinto conservador de toda nacionalidad, — especialmente en sus grandes conflictos internos, — debe consultar ante todo sus conveniencias y sus facultades, y que nadie tiene el derecho, — menos que todos el depositario de su fuerza pública, — de imponer sacrificios á un pueblo, aun tratándose de designios generosos, en que la gloria puede ser mayor que el provecho, aun así, el juicio equitativo de la posteridad ha sido favorable á la desobediencia de San Martín. El último fallo, — que sin duda confirmará la posteridad, — es, que la revolución del general San Martín al no dar pábulo á la guerra civil y emprender la expedición á Lima, no sólo consultó las previsiones políticas y militares, sino también los instintos conservadores de un patriotismo elevado, que se hermanaba con la propaganda guerrera de la revolución argentina de que fué el último campeón, llevando su bandera redentora hasta la línea ecuatorial de la América del Sud, con gloria para su país y beneficio para la América.

Es punto que tiene el consenso universal, que San Martín salvó la revolución sud-americana con su atrevida resolución de expedicionar al Perú, después de haber reconquistado y asegurado su independencia en el sud, dominando el mar Pacífico. Sobre esto no hay dos opiniones.

El Perú era el último baluarte del poder español en Sud-América, como las Provincias Unidas constituían la base y el nervio de la insurrección continental. La campaña de San Martín á Chile tuvo por objetivo á Lima; y las jornadas de Chacabuco y Maipu, no fueron sino dos grandes etapas en su

itinerario sud-americano. Dominado el Pacífico por la marina independiente, con arreglo á este plan, la expedición del Perú era una consecuencia necesaria y una condición de triunfo. Realizarla, era herir al poder español en el corazón, de conformidad al programa inicial de la revolución argentina. Una nueva república se incorporaba al movimiento revolucionario, y encerrados los últimos ejércitos republicanos y realistas en el recinto montañoso del territorio del Perú, ese territorio se convertía en el palenque cerrado, dentro del cual debía decidirse por un supremo y definitivo esfuerzo la causa de la emancipación del Nuevo Mundo. Esto por lo que respecta á los deberes para con la América.

La prosecución de esta gran concepción preparada en el curso de cuatro años continuos de trabajo, y ejecutada bajo la responsabilidad de su autor, daba gloria á su patria y la salvaba del oprobio en momentos en que se hallaba en completa desorganización, sin un gobierno que pudiese dominar ó siquiera moderar su anarquía interna, y de este modo salvaba sus últimas armas de perderse estérilmente en la guerra civil, en que todos quedarían derrotados. Mostraba así, que la República Argentina representada por un puñado de sus hijos fieles á su tradición revolucionaria, aun tenía alientos para irradiar su acción y su espíritu al resto de la América del Sud, — incluso á Colombia, — en unión con las armas chilenas. Esta era la corona americana de la revolución argentina.

Considerado San Martín en esta emergencia como ciudadano y como soldado, que debía ante todo sus servicios y la obediencia á su gobierno, es posible, que ahora como antes, y quizá después, las opiniones se dividan aún en presencia de los hechos supervenientes, que recién empiezan á caer bajo la pluma del historiador. Sería empero muy pobre criterio histórico el que atribuyese el resultado definitivo de la guerra social en que las provincias argentinas estaban empe-

ñadas entonces, á la ausencia de dos mil soldados argentinos (gran parte de ellos chilenos con su uniforme), que con San Martín á su cabeza y en unión de otros dos mil chilenos, iban á combatir contra 23,000 españoles, que amenazaban á la república por su frontera norte.

Sin el concurso del contingente argentino, y sobre todo de su general, la expedición á Lima era irrealizable y la guerra sud-americana se paralizaba. Sin necesidad de él, podía el gobierno salvarse, si es que no estaba irremisiblemente perdido, desde que contaba con diez mil guardias cívicos en la capital de Buenos Aires y más de cinco mil hombres de las tres armas en campaña, contra 1,500 montoneros escasos y mal armados. Con el duplo y triple de estas fuerzas, el gobierno no había podido ejecutar una sola campaña feliz contra las provincias disidentes, que proclamaban la federación de hecho ó sea la independencia de su autoridad. Derrotado en el empeño de avasallarlas, una vez en el Paraguay, otra en la Banda Oriental, tres en Entre Ríos y cuatro consecutivas en Santa Fe, no había podido ni siquiera dominar militarmente á la última, aun contando con el concurso de tres mil veteranos que dirigió contra ella.

El ejército del norte al mando del general Belgrano, obedeció á la primera orden del gobierno para combatir la guerra civil, como obedeció en esta ocasión, y el resultado fué perderse miserablemente en ella sin combatir, como se verá después, haciéndose más desastrosa la derrota del gobierno central y al proporcionar á la anarquía fuerzas militares organizadas con que antes no contaba. Lo mismo se habría perdido el ejército de los Andes, como á su tiempo se verá también, salvándose parte de él al menos, merced á la desobediencia de San Martín. Estos dos ejemplos, son dignos de la admiración de la posteridad, no obstante sus opuestos resultados, pero no pueden medirse por el cartabón ordinario.

Y si se tiene en cuenta, que el llamado hecho á los ejércitos

de la República, respondía, — como se ha visto, — no sólo á la guerra civil, sino á un plan siniestro de los poderes públicos complotados contra la opinión democrática del país, desviando la revolución de su curso, veráse que la intervención de las bayonetas, al complicar la lucha, provocaba otra lucha entre la anarquía y la oligarquía, en pugna las masas populares contra el pretorianismo, aun en el caso que los ejércitos permaneciesen fieles al poder central. Dado que la presencia del ejército de los Andes al intervenir en la guerra civil, hubiese podido influir en el éxito de las batallas, es seguro que se habría gastado, aun triunfando en una contienda cuyo resultado debía ser la ruina del país y el aniquilamiento de sus fuerzas militares, políticas y sociales. Ni una ni dos batallas ganadas podían inocular nueva fuerza al gobierno nacional, enervado como la opinión, y que en esos mismos momentos buscaba su punto de apoyo fuera del país contra el país, apelando á una combinación tenebrosa, que importaba á la vez que una intervención extraña inspirada por el desaliento ó la impotencia, una reacción contra la revolución democrática de la América. Ni las armas podían extirpar las raíces que alimentaban la lucha, ni privar á las fuerzas explosivas de la democracia semi-bárbara de la ventaja del número, del espacio y del tiempo que estaba de su parte, además de la razón que la asistía como hecho vivaz y la que le daban los deplorables errores políticos de los mandatarios legales. Por otra parte, la simple lucha interna encerrada en el círculo vicioso de las acciones militares y de las reacciones populares, habría sido tal vez más larga, sin duda más dolorosa, pero no habría normalizado la cuestión política y social, que sólo el tiempo y la gravitación de las grandes masas impulsadas por la concurrencia de las voluntades debía y podía resolver. Aun para obtener tal resultado incoherente, había que romper desde luego la alianza americana con Chile, en el hecho de separar sus fuerzas unidas al renunciar á la expedición del Perú. En-

tonces la República Argentina quedaba sola, con sus fronteras abiertas por la parte del norte (Salta) y el desorden en su seno.

Los realistas que contaban á la sazón con más de 23,000 hombres de buenas tropas en el Alto y Bajo Perú, libres del cuidado de una invasión por el Pacífico, habrían concentrado la mayor parte de sus fuerzas en el Alto Perú (Bolivia), habrían podido dirigir un ejército de 40,000 hombres sobre las provincias argentinas, que en el estado de desorganización en que se encontraban no hubieran podido oponer una resistencia eficiente. Las provincias del interior de la República, sublevadas en masa contra el gobierno general á imitación de Tucumán y Córdoba, y los ejércitos en la capital luchando brazo á brazo con el litoral, tal es la situación que habrían encontrado los españoles al invadir nuevamente la frontera del norte.

Los sucesos que se produjeron en aquella época de desorganización espontánea y transformación radical, y los fenómenos políticos y sociales que se desarrollaron obedeciendo á la lógica del bien y del mal, reconocen causas más complejas que la ausencia de dos mil veteranos con sables afilados en los campos de la guerra civil. Dos mil soldados más ó menos no podían modificar de un sablazo la naturaleza del pueblo argentino tal como era, ni alterar las eternas leyes del tiempo y del espacio á que obedece el desenvolvimiento gradual de las naciones, sea que obren guiadas por sus instintos brutales ó busquen su equilibrio en sus propios elementos orgánicos. La revolución argentina, que en obediencia á su impulsión inicial, había gastado casi todas sus fuerzas en la propaganda americana, al utilizar las últimas que le quedaban á fin de realizar la expedición al Bajo Perú, aseguraba el triunfo de la causa continental y su propia independencia de la España, quedando en pugna dentro de sus fronteras con sus arduos problemas de organización interna, que hacía tres años la tra-

bajaban. Ejecutada esta peligrosa y decisiva evolución en el trascurso de diez años, la nueva nación dueña de sus propios destinos, tenía que crear nuevas fuerzas reparadoras y conservadoras con que hacer frente á la revolución interna, que al echar por tierra el orden viejo, amenazaba atacar el gobierno de la sociedad en su esencia, barbarizándola y aniquilando los principios vitales del organismo nacional.

Así, pues, las Provincias Unidas del Río de la Plata, al cumplir para con la América la misión redentora que ellas únicamente podían llenar, y coronarla, enviando al Perú su último ejército con el más grande de sus generales, completaban históricamente el programa de la revolución argentina, preservándose á sí mismas de un peligro inminente. Las armas libertadoras de Chile y del Río de la Plata, se darían la mano con las armas de Colombia traídas desde el norte del continente por Bolívar, y en la línea del Ecuador la emancipación del Sud quedaría por siempre asegurada. Tal fué la misión que San Martín se impuso en bien de la América y del pueblo argentino, al echar la « terrible responsabilidad » de su desobediencia ante la historia. Toca á la posteridad, ante la cual él apeló del juicio de sus contemporáneos, pronunciar el último fallo.

CAPÍTULO XXIV

EL ACTA DE RANCAGUA

AÑO 1820

Carácter universal de la revolución sud-americana. — Acciones y reacciones continentales. — Estado de la revolución sud-americana en 1820. — El alzamiento liberal de España y su faz sud-americana. — Planes de San Martín sobre el Perú. — Sublevación del ejército del norte argentino. — Sublevación de una parte de la división de Mendoza. — Nuevos planes. — Caída del gobierno general de las Provincias Unidas. — San Martín renuncia el mando en jefe del ejército de los Andes. — Noble actitud de su ejército al confirmarlo en el mando. — El *Acta de Rancagua*. — Reflexiones sobre este acontecimiento. — San Martín urge por la realización de la expedición al Perú. — Queda ésta definitivamente arreglada. — Contra-proyecto de Cochrane. — Cochrane aspira á mandar la expedición al Perú. — Rivalidad entre Cochrane y San Martín. — San Martín es nombrado generalísimo de la expedición al Perú. — Razones políticas de la expedición.

I

La desobediencia indirecta de San Martín de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, y que asumirá su carácter decidido en el presente, no era simplemente un acto aislado de la voluntad individual en obediencia á la impulsión inicial de la revolución argentina, que le imprimía su movimiento y dirección: era un síntoma de los tiempos. En 1820, la revolución sud-americana empezó á mostrar su carácter universal, y de aquí esas acciones y reacciones lejanas de las fuerzas de la época en actividad y esas atracciones de las